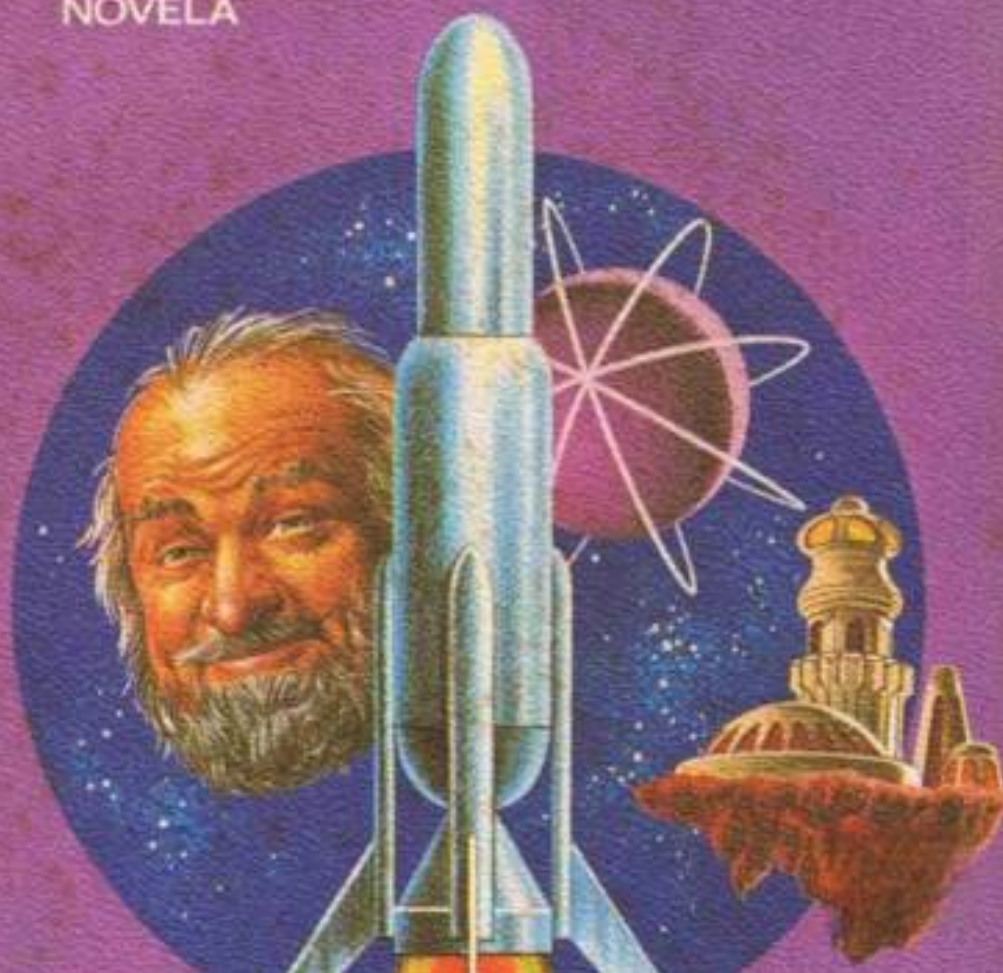


TOMAS SALVADOR

MARSUF, EL VAGABUNDO DEL ESPACIO

NOVELA



En un mundo futuro, cuando se está colonizando por los terrícolas nuestra galaxia, Marsuf, un carismático navegante de las estrellas surca el espacio conocido y desconocido, creando problemas allá a donde va, pero salvando a sus compañeros en diversidad de momentos de peligro, incluso llegando a perder la vista por ellos.

*A mis hijos, que serán
los hombres del mañana.*

I. POLIZÓN A BORDO

Cuando la nave-antorcha *Bandeirante* se encontraba a cinco días de su punto de partida y a cinco meses de su destino —Ganímedes, tercer satélite de Júpiter— el capitán Leo Carey fue advertido por el astronavegador William Díez de un error en la navegación. Total, estaban desviados del rumbo un minuto de arco. El aviso fue más que suficiente para que *el Viejo* ordenara un riguroso trabajo de comprobación y análisis, lo cual hizo andar de cabeza a los técnicos servidores de las calculadoras y computadoras de a bordo. Con la extremada orden, Leo Carey no hizo otra cosa que sujetarse rigurosamente a su deber.

El capitán Leo Carey era llamado *el Viejo* por una curiosa costumbre conservada desde los remotos tiempos de navegación a vela por los mares de la Tierra, cuando el capitán del barco recibía ese calificativo; pero Leo Carey era muy joven; era, en realidad, uno de los comandantes más jóvenes de la «Interespacial Lda.». Sus brillantes estudios en la Academia Puerto-espacial de Cayo Hueso y un excepcional viaje de pruebas en solitario al misterioso cinturón de asteroides, le habían llevado al mando, con no pequeña dosis de resquemor por parte de muchos veteranos de las antiguas naves de propulsión a chorro, rudos como osos y violentos como elefantes enfurecidos, no halagados precisamente al ser mandados por un empollón imberbe.

No obstante, la disciplina espacial era demasiado rigurosa para andarse con bromas y la mala disposición de la tripulación apenas se manifestaba en cierta actitud irónica, algo así como decir: «Hagamos lo que nos manda y a ver

qué sale.» Consciente Leo Carey de la tensión reinante, no podía ni quería fracasar ante tantos criticones. Descubrir un error de rumbo apenas a los cinco días de ruta libre semejava incompetencia, error de cálculos elementales en la correlación carga-gravedad-velocidad. Aunque impasible en su gesto, Leo Carey tenía los nervios a flor de piel y creía observar sonrisitas burlonas en las caras de los viejos astronautas. Y las naves espaciales, especie de cajones volantes, obligando a una convivencia forzosa, exigían el máximo de buena voluntad entre sus hombres. De ahí lo delicado del problema.

Los cálculos, sondeos y comprobaciones demostraron que el rumbo estaba bien establecido con arreglo a la carga teórica, casi llevada al gramo. El error era imposible; la velocidad, diez mil kilómetros por minuto, había sido lograda mediante un exquisito cálculo de pesos específicos. ¿Dónde estaba el error? Sólo podía estar en la carga, mal comprobada o alterada posteriormente.

Y Leo Carey, que no era ingenuo, ordenó a la *Tonta Petronila*, la calculadora electrónica, que dado los datos conocidos de carga-densidad-error de rumbo, le diera el peso que sobraba. *Tonta Petronila*, llamada también *la Chivata* por los tripulantes, encontró en seguida el error: la nave-antorcha *Bandeirante* llevaba a bordo cien kilos más del peso convenido. Leo Carey, con la cinta perforada en las manos, ordenó secamente a su segundo, Julius Daonte:

—Tiene usted un cuarto de hora para encontrarme ese polizón. Y luego hablaremos usted y yo.

La orden era correcta y el tono no admitía disculpas. Antes del tiempo concedido, el segundo comandante llevaba al puente de mando al ser más estrafalario que Leo Carey viera en su vida. En primer lugar, se tambaleaba un poco; en segundo, era calvo a trozos; en tercero, llevaba una barba de dos meses de un color diferente al pelo de la cabeza; en cuarto, iba vestido de harapos manchados de

grasa y mil porquerías; quinto, olía a cien mil demonios; sexto, parecía más orgulloso que un virrey.

—¿Qué es... esto? —preguntó asombrado, el capitán.

—Nuestro polizonte, señor —aclaró el segundo.

—Soy Marsuf —añadió por su cuenta el objeto del examen, tambaleándose más de la cuenta.

—¡Está borracho! —rugió Leo Carey.

—La clorela no emborracha, *Viejo* —dijo el aludido—. Alegra nada más. Aunque mucho me temo que está falsificada... Estos taberneros... Toma, prueba.

Y el astroso personaje tendió al capitán una redoma de clorela, alcohol de algas venusinas, el etílico más engañoso que se conocía en el siglo XXI. Cuando se recobró del asombro, el joven y austero capitán hizo rodar de un manotazo la vasija.

—No lo vuelva a hacer —reconvino, suavemente, el vagabundo.

—¿Es una amenaza?

—Tómelo como quiera.

Leo Carey se esforzó en conservar la sangre fría, sabiendo que le estaban observando los oficiales.

—Según la Ley Interplanetaria se encuentra usted a mi completa disposición. Puedo matarle, si lo creo necesario. Puedo atarle con cadenas, a menos que prefiera usted pagar el pasaje. ¿Sabe lo que cuesta el pasaje en la nave *Bandeirante*?

—Cualquiera lo sabe... Siempre están subiendo los precios. Son unos ladrones esos tipos de la Compañía. En mis tiempos...

—No hable usted a no ser para responder... Incluso aplicándole la tarifa de mercancía, usted tiene que pagar un dólar por kilómetro-millón. Dado que vamos a Ganímedes, en estos momentos a doscientos ochenta y cinco millones de kilómetros y que usted pesa cien kilos...

—¿Cien...? —gimió grotescamente el polizón—. Ya decía yo que la inactividad me estaba engordando... ¡Cien ki-

los!

Leo Carey descubrió una chispa burlona en los ojos de Julius Daonte y sólo el frío dominio de sus nervios impidió que derribara al intruso de un puñetazo.

—Lléveselo a la sentina. Y que le pongan cadenas —dijo el capitán, volviendo la espalda.

—Capitán —quiso decir el segundo.

—¡Es una orden!

—Sí, señor.

—No te preocupes, Julius —dijo el miserable— tengo mucho sueño y me echaré a dormir. Pero voy a engordar más...

—¡Que se calle! ¡Fuera!

Las leyes del espacio eran muy severas. Indudablemente, el capitán Leo Carey tenía razón. Encontrar un polizón a bordo habría supuesto, en tiempos no lejanos, un peligro total, puesto que desnivelaba el equilibrio del «salto». Aunque ahora el peligro era menor, podía suponer, como había ocurrido, una desnivelación del rumbo. Además, eran un engorro jurídico muy pesado. No era ninguna broma encontrar un polizón a bordo.

El capitán Carey se levantó de la mesa después del frugal almuerzo e hizo una seña a su segundo para que le siguiera al puente de mando, lugar donde *el Viejo* se pasaba la casi totalidad de las horas. Daonte, sabiendo lo que le esperaba, no estaba muy tranquilo. Por fin, Carey habló lentamente.

—Estuve reflexionando, señor Daonte. Un polizón no es posible a menos de contar con uno o varios cómplices. Ese hombre tiene amigos en la nave y usted me aclara el asunto o yo me encargo de que sea degradado. ¿Me entiende?

—Le entiendo perfectamente.

—Bien, pues empiece usted.

Julius Daonte adoptó una postura menos reglamentaria y hasta sonrió levemente. No parecía estar asustado.

—¿Sabe usted que ese hombre es ciego, capitán?

Leo Carey disimuló su asombro: Dijo:

—¿Ciego? Imposible. Tenía una absoluta seguridad de movimientos. Incluso me miraba a la cara.

—Pues es ciego. En una palabra: es Marsuf.

—Lo dijo él mismo.

—Cierto. ¿Es que no conoce usted a Marsuf?

Por unos momentos el capitán se encontró inferiorizado. Entreveía un lejano recuerdo que no podía precisar. Su dedicación al estudio había sido tan intensa, su teoría tan brillante, que apenas había tenido tiempo para divertirse, para frecuentar el trato de sus compañeros. Nunca pisó las borrascosas tabernas de los espaciopuertos, ni hizo caso de viejas historias. Cierto, se había sacrificado; pero era capitán a los veinticuatro años.

—Algo recuerdo —dijo, vagamente humanizado, como si entonces se le cayeran de encima tantos años de sacrificio.

—Si le preguntara al grumete, le diría quién es Marsuf. Se lo dirán todos los cantineros, todos los guardas, todos los aventureros del espacio. Se lo dirán todos los tripulantes del *Bandeirante*.

—Me habla usted como si mi ignorancia fuese un pecado. Acabe de una vez y dígame quién es ese tipo. Además, sea quién sea, ¿qué derecho tiene a estar en mi nave?

—Para contestar a su primera pregunta tendría que contarle una historia muy larga. En cuanto a la segunda, le diré que en cierto modo, sí, tiene derecho a estar en nuestra nave.

—¡Está usted loco! El polizonaje es el delito más severamente castigado por nuestras leyes.

Julius Daonte observó por unos instantes los instrumentos y luego sonrió, casi tristemente. Latía en su gesto una

extraña añoranza que hizo meditar al capitán. Y cuando habló de nuevo, lo hizo suavemente.

—Capitán... Según las leyes escritas, Marsuf puede ser un criminal. Pero según las no escritas, las que todos aprendimos a respetar, Marsuf tiene derecho a un pasaje gratuito en toda nave espacial que cruce los cielos, esté donde esté, vaya donde vaya. ¿No lo sabía?

—No.

—Marsuf es la más bella, asombrosa y varonil leyenda de la navegación espacial. Todas las tripulaciones de todos los navíos están siempre dispuestas a llevar consigo al viejo alborotador.

—¿A ese viejo asqueroso y borracho? No lo creo.

—Borracho, sucio, mentiroso, pendenciero y maloliente, Marsuf es, por sí solo, toda una ley del espacio.

—No lo comprendo —dijo el capitán, impresionado a pesar suyo por las palabras de Julius Daonte.

—Entre otras razones, existe la creencia de que todo accidente es imposible a bordo de una astronave si en ella está Marsuf. Eso explica, por lo menos en parte, la situación. Marsuf ha navegado millares de veces incluso antes de que usted naciera. Y está vivo, no lo olvide. Pero es la personalidad del viejo bribón lo que más cuenta. Tanto es así, que le puedo asegurar un motín si usted mantiene el castigo de Marsuf.

—¡Imposible! —casi gritó el capitán, sabiendo, sin embargo, que el segundo estaba hablando sinceramente.

Julius Daonte encendió lentamente su pipa. Sin ser viejo, tenía ya cincuenta años y llevaba treinta en la Rueda, como decían los veteranos. No era muy brillante en su teoría, pero sí muy apreciado por su tenacidad, sobrio valor y paciencia ante las dificultades. Leo Carey sabía que, en cierto modo le completaba en el mando de la *Bandeirante*. Cuando Daonte terminó de encender la pipa hizo una pregunta sorprendente.

—¿Conoce usted los versos de Homero?

El capitán se revolvió inquieto. No comprendía bien...

—No tuve tiempo —dijo—, ¿qué significa esto?

—Se tiene mucho tiempo en la navegación espacial —murmuró Daonte—. A veces el suficiente para volverse loco de soledad y aburrimiento.

—Ustedes, los veteranos, exageran siempre.

Daonte volvió a encender su pipa y quedó mirando el humo que salía de la cazoleta.

—Yo encontré a Homero hace años, cuando las naves tenían dos o tres tripulantes, que ni siquiera se veían. «Un varón ciego que habita en la escabrosa Quíos», como él mismo se retrató. Vivió nueve siglos antes de Cristo y ha sido el más grande poeta que ha producido la Humanidad. Cantó la aventura del hombre en su tiempo, cuando cruzar el Mediterráneo era una empresa peligrosa y descabellada. Ya ve usted, hoy lo hacen los niños en excursiones dominigueras. Pero aquellos hombres montaban cascarones de nuez y necesitaban el viento. En cierto modo eran iguales que nosotros, sobre distintas proporciones.

—Puedo comprenderlo perfectamente —murmuró Leo Carey.

—Sí, en cierto modo es fácil saberse desnudo y desamparado... Pues bien, Homero fue el cantor de aquellos hombres, los que hicieron la guerra de Troya y los que se perdieron buscando el hogar. Marsuf es el Homero de nuestro tiempo. Quizá sea pronto todavía. Pero gracias a Marsuf los hombres del mañana, los que habiten la Tierra y los planetas por ella conquistados, sabrán la aventura de todos nosotros, los locos del Espacio, los aventureros de las estrellas.

—Bien, pero...

—¿Decía usted, capitán?

—La historia de todo esto está escrita por los sabios.

—No. Esa historia no sirve para el pueblo. Los pueblos necesitan hombres como Homero, como Marsuf, exagerados, pero con el genio de la raza en el corazón. Los sabios

podrán contar las historias, de las máquinas, detallar las fechas de arribada de una expedición, pero la visión directa de la aventura sólo la podrán contar los que la vivieron y aún más que vivirla, la sufrieron en la soberbia de sus corazones. Vamos a hacer nuestra inspección, capitán. Y luego, si quiere, le contaré cómo se quedó ciego Marsuf. Y entonces, es posible que comprenda por qué ese viejo borrachín está fuera de todas las leyes. Lo tiene que comprender, pues al fin y al cabo usted también es hombre del Espacio.

La inspección de rutina fue realizada. La nave-antorcha *Bandeirante* estaba lejos de las viejas carrozas voladoras de setenta y cinco años antes, de los tiempos primitivos de los primeros saltos, cuando las naves de carburantes líquidos lograron alcanzar la Luna. Habían aparecido y desaparecido las ionizadas, las de propulsión atómica, hasta llegar a las que iban a lomos de la energía pura, llamada *la antorcha*, por el perenne penacho que las coronaba.

Rugían poderosamente los servomecanismos que alimentaban con polvo aspirado del mismo espacio el rayo de *la Antorcha*; zumbaban los giróscopos que establecían la gravedad artificial y brillaban las diminutas luces pilotos que vigilaban la electricidad estática. Ir en la *Bandeirante* era como cabalgar un rayo de sol. La propulsión era sencilla. Lo difícil era hacer vida normal allí dentro. Casi todo era protección y aislamiento.

El capitán y Daonte, terminada la visita, atisbaron por el tragaluz de popa... La Tierra, a ocho millones de kilómetros, parecía una naranja azul, nimbada por un halo luminoso color escarlata. El cielo, negro como el carbón, servía para resaltar el maravilloso diamante azul.

—¡Qué bella es nuestra vieja cáscara! —murmuró el capitán.

—Muy bella. El más hermoso de los planetas. Salir de ella es como desgajarse de un árbol.

—No me extraña que lea usted a Homero —rió Leo Carey.

—Usted también lo leerá. Todavía está lleno de los tecnicismos de la escuela, pero llegará un tiempo en que necesitará algo más que la ciencia para comprender la Gran Verdad.

—¿La Gran Verdad? Está usted enigmático, Daonte.

—La Gran Verdad es muy sencilla. Y es que solamente Dios, un ser infinitamente superior, ha podido ordenar la magnitud cósmica que estamos cruzando. Cuando se sienta usted en plena soledad e inferior a un mosquito, comprenderá a hombres como Marsuf.

—Ya me extrañaba que estuviera usted unos minutos sin hablarme de ese loco. Nosotros cruzamos el espacio porque unos sabios crearon las naves y otros calcularon las órbitas.

—Que nada significarían sin la sed inagotable que tiene el hombre de llegar un poco más allá.

—Haga usted de abogado de Marsuf, antes de que me niegue a oír una sola palabra más. Aproveche mi estado de ánimo.

—Temo ser mal abogado; pero defender a Marsuf sobre todo en su ausencia, es fácil. Marsuf es, precisamente, el hombre por esencia: Marsuf es el corazón humano empujando las máquinas. En fin, lo que usted quiere es la historia de Marsuf y a eso vamos. No toda, sino un incidente. Le ruego me crea si le digo que es muy difícil definir a Marsuf. Es todo lo sucio y lo malo del hombre, pero también lo contrario. Es capaz de la mayor canallada y de la más sublime abnegación. ¿Usted lo entiende? Hace cincuenta años que ronda los espaciopuertos y todos los capitanes de navío se han desesperado ante sus trastadas. Ha sido un borrachín amotinador de tripulaciones: De hecho, mientras ha navegado, Marsuf ha estado más tiempo en la tienda de castigo que libre. Quien lo enrolaba, ansiaba terminar el viaje para entregarlo a las autoridades. En cierta ocasión,

fue condenado a muerte y abandonado en Fobos. Quince días después, otra nave lo recogía, medio loco, pero vivo. ¡Y era una nave amotinada! Se llegó a decir que era hijo de las estrellas. Era ya leyenda cuando yo empezaba... Hace veinticinco años...

Y esta fue la historia que contó Julius Daonte al capitán Leo Carey.

Media hora antes de partir el capitán Lanza se enteró que le faltaban nada menos que tres tripulantes: un especialista en turbinas, un electrónico y el cocinero. El primero, enfermó repentinamente; el segundo, estaba preso por haber pegado a un policía la noche anterior, tras una juerga borrascosa; en cuanto al tercero, lo había conquistado la mejor paga de la nave *Coridón*.

La *Far West*, comandada por Lanza, iba destinada a Venus y tardaría nueve meses en llegar, salvo que el capitán, como anunciaba, se pegara un tiro. Aun con tanta mala suerte, hubiera sido dudoso que el capitán Lanza contratara a Marsuf. Desesperado, pero no tanto. Tan gordas las había hecho Marsuf que estaba vetado por todas las compañías espaciales. Vivía prácticamente en una taberna de Puerto Sol, en las llanuras del antiguo desierto de Los Monegros, en España, esperando que alguien lo contratara. Se hacía pagar el vino recitando canciones absurdas y narrando viejas historias, donde abundaban más los monstruos que las personas normales.

Lanza conocía perfectamente a Marsuf y hubiera preferido un elefante a bordo; pero Marsuf, que conocía también a Lanza, cuidó los detalles y se presentó con el pelo teñido, barbas crecidas y simulando una cojera. Aunque burdo, el engaño fue suficiente considerando el estado de ansiedad

del capitán Lanza. Marsuf; con papeles robados la noche antes a un incauto, fue admitido.

En honor a la verdad, debe aclararse que Marsuf sabía de la *Far West* más que toda la tripulación junta. Lo que no supiera de una nave, del tipo que fuese, es que no valía la pena saberse. Tenía un innato sentido de la orientación, podía trabajar a oscuras y además podía pasar cuatro o cinco días sin comer ni dormir, haciendo el trabajo de dos hombres. Tenía entonces el corpachón de un oso polar, pelo como el azafrán, manos de boxeador y la voz de un disco imitando las cataratas del Niágara. Díscolo, atrevido e indisciplinado, nadie podía asegurar que se aburría a su lado. Todavía no recitaba los versos que más tarde habría de cantar en todas las naves, las estrofas de *Humano errante*, *Canción de los mercaderes*, *Alto y profundo* o la extraña epopeya llamada *La Naviada*. Componía cancioncillas báquicas... y cantando una le sorprendió precisamente el capitán Lanza. Marsuf estaba entonces en la cocina, pues hacía de cocinero cuando no trabajaba de electricista o de engrasador. Lanza, que pasaba por el corredor, entró en la cocina como una flecha.

—¡Marsuf! ¿Qué diablos haces aquí?

—Nada, capitán. Es decir, soy el cocinero.

—¡Imposible! ¿Quién te enroló en la *Far West*?

—Usted mismo.

—No es cierto. Ni con un millón encima te querría.

—¿No admitió usted a un irlandés de pelo rojo?

—Sí.

—Pues yo soy el irlandés de pelo rojo. Irlandés lo soy de verdad. En cuanto al pelo rojo, me gusta ese color para los jueves. Los domingos me gusta verde y los viernes el morado. Son caprichos. Siempre he sido caprichoso, capitán. Recuerdo que una vez...

—Calla, no me marees con tus mentiras.

—No son mentiras. Yo nunca miento.

Lanza, no sabiendo qué hacer, si reír o llorar, se limitó a murmurar entre dientes una amenaza.

—Mira, viejo chivo, como armes más jaleo del necesario te encadenó de pies y manos hasta llegar a Venus. Y, eso por descontado, te dejó allí.

—Capitán —se limitó a decir Marsuf—, es usted un ingrato. Le estaba preparando unas supremas al coquelicot que le quitarán el hipo. Le daré sémola y carne sintética.

El capitán lleno de tristes presentimientos, se retiró a su puesto de mando. Pero Marsuf no se portó mal del todo. Aparte de hacer trampas en el póker, cantar a deshora con una pandilla, echar sal al café estando borracho, estuvo de lo más prudente. Se llevaba bien con todo el mundo, excepto con el jefe de máquinas, con quien estaba a matar. El capitán Lanza, aburrido de las quejas de uno y de las quejas del otro, cerraba los ojos y dejaba hacer, dejaba pasar.

Así pasaron siete meses. Cuando faltaban escasamente quince días para llegar a Venus, Marsuf se salió de madre y cometió una falta grave: nada menos que pegar un tortazo al jefe de máquinas, con pérdida de dos dientes y una muela. La cosa era grave, pues el jefe de máquinas era un superior. Marsuf, al ser interrogado, manifestó simplemente que estaba harto de avisar por las buenas que un tubo se estaba «calentando» y que de no ser desmontado a tiempo tendrían jaleo. El jefe, burlón, lo mandaba siempre a la cocina.

Lanza, impresionado a pesar suyo, hizo que revisaran los instrumentos que medían la temperatura y resistencia de cada tubo. *Far West* tenía cuatro reactores, llamados tubos. De fallar uno, se desequilibraría la marcha, basada en el puro equilibrio de la propulsión. Pero cambiar un tubo era una maniobra engorrosa. Se necesitaba detener la nave durante tres días, con la pérdida de tiempo que ello significaba, sin contar con que la ley de la gravedad, sin el giróscopo, jugaba la mala pasada de estar siempre con la sensación de ir cayendo por un precipicio.